

Domingo 18 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Éxodo 16,2-4.12-15

Yo haré llover pan del cielo.

El capítulo 16 del Éxodo («el maná y las codornices») pertenece a la segunda sección del libro (Ex 15,22–18,27), donde encontramos a Israel en el desierto, de camino hacia el Sinaí. En Ex 16,1-35 el pueblo murmura contra Moisés y Aharón porque lo han llevado al desierto para hacerlo morir de hambre. En realidad, al quejarse por la falta de pan y carne, el pueblo murmura contra Dios, poniéndolo a prueba (Ex 16,7-8). Dios acepta el desafío y hace llover del cielo el maná y las codornices (cf. Sal 78).

La tradición hebrea elevó el maná a signo de la providencia de Dios que sacia el hambre del pueblo. Y lo poetizó llamándolo «pan del cielo» (Sal 105,4) y «pan de los ángeles» (Sal 78,25) por ser precisamente un don divino. También nuestro texto utiliza la expresión «pan del cielo» (Ex 16,4). Para la Biblia el maná es un símbolo complejo. Es signo de la prueba que Israel vive durante la travesía por el desierto: si sigue la vía que Dios le propone, no será abandonado (Ex 16,4: «lo pondré a prueba a ver si guarda mi ley o no»). Es signo de la palabra de Dios (Dt 8,2-3: «Te ha alimentado con el maná... para hacerte entender que el hombre no vive solo de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios»). Es signo milagroso del amor de Dios (Sb 16,20: «A tu pueblo le diste comida de ángeles, le mandaste del cielo pan preparado sin esfuerzo; capaz de dar todos los sabores y de colmar todos los gustos»).

Nuestra lectura se reduce a dos breves fragmentos del cap. 6 (vv. 2-4 y vv. 12-15), cuyo problema fundamental no es, como pudiera parecer a primera vista, la necesidad de alimento sino la confianza en Dios.

Segunda lectura: Efesios 4,17.20-24

Vestíos de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios.

Seguimos en la sección exhortativa de la carta a los Efesios (Ef 4,1–6,20). Nuestra lectura de hoy en su forma completa es Ef 4,17-24 (el leccionario omite los vv. 18-19), un pasaje donde el apóstol habla sobre «la vida nueva en Cristo».

Los destinatarios inmediatos de la carta eran cristianos recién venidos del paganismo (cf. Rom 1,18-32, donde la situación de los paganos se explica más detalladamente). Por eso, el apóstol les exhorta a abandonar

al «hombre viejo», símbolo del pecado, la soledad y la miseria que habían vivido en el pasado, para ceder el paso al «hombre nuevo», una criatura transformada en la «justicia y santidad verdaderas» (v. 24). La metáfora utilizada para expresar este cambio radical en sus vidas es la de «desnudarse» y «revestirse», posible alusión al rito bautismal. En definitiva, se trata de despojarse de todo lo pagano para revestirse de Jesucristo (cf. Rom 13,14).

Evangelio: Juan 6,24-35

El que viene mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará sed.

Después del quinto signo (Jn 6,16-21: Jesús camina sobre el mar), el evangelista coloca el largo discurso de Jesús sobre el pan de vida (Jn 6,22-50), del que forma parte nuestra página evangélica. Todo el discurso gira alrededor de dos polos: Jesús exige que tengan fe en él, mientras sus oyentes se niegan a creer.

Jn 6,24-35 no es más que la introducción al mencionado discurso que, curiosamente, está redactado en forma de diálogo entre Jesús y un grupo de personas que habían asistido, la tarde anterior, a la multiplicación de los panes. Después de describir el cuadro ambiental (6,22-24), empieza el diálogo-discurso. Por tres veces Jesús corrige a sus oyentes en su manera de pensar.

Primera rectificación (6,25-27): que se interesen por los valores del espíritu (por el reino de Dios) o, lo que es lo mismo, que no sigan yendo tras él solo en busca de beneficios temporales. Segunda rectificación (6,28-29): que para alcanzar el alimento que da la vida eterna se abran a la fe, el único camino para obtenerla. Ellos le han preguntado sobre las «obras» que hay que hacer, pues entienden que la comida hay que ganársela trabajando. Y la respuesta de Jesús, como siempre, se sitúa en un nivel mucho más elevado: creer, abrirse totalmente a Cristo. No es cuestión de obras concretas sino de actitudes profundas. Tercera rectificación (6,30-33): que no esperen del Mesías una repetición del antiguo maná en el desierto (cf. primera lectura), porque eso no fue sino signo y profecía de la realidad actual. Ellos exigen un signo para creer, quieren tener donde agarrarse en caso de necesidad. A este punto, Jesús resume todo el discurso en esta frase «Es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» y la gente reacciona positivamente: «Señor, danos siempre de este pan» (v. 34). Una petición esta que nos recuerda la de la Samaritana (cf. 4,15).

A partir de este momento, Jesús habla de sí mismo y concluye el discurso con una autorevelación: «Yo soy el pan de vida».

Domingo 19 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: 1 Reyes 19,4-8

Con la fuerza de aquel alimento caminó hasta el monte de Dios.

Al profeta Elías, amigo íntimo de Dios y acérrimo defensor del yahvismo, lo conocemos gracias a una serie de episodios recogidos en el llamado «ciclo de Elías», que da comienzo en 1Re 17,1 y concluye en 2Re 1,18. Dicho ciclo se sitúa durante el reino de Ajab a la vez que interrumpe una narración bastante monótona sobre el cisma político y religioso y la historia paralela de los dos reinos hasta la caída del Reino del Norte (931-721 aC). En su primera aparición anuncia la sequía como castigo a la idolatría del rey Ajab y más tarde la lluvia (1Re 17-18). A partir del cap. 19 la situación cambia radicalmente.

Para entender nuestro texto, que el leccionario presenta como versión abreviada de 1Re 19,1-8 («la huida de Elías»), hay que situarlo en su contexto. El episodio anterior (1Re 18,20-40) cuenta la apuesta entre Elías y los 450 profetas de Baal en el monte Carmelo: se trata de saber cuál es el dios verdadero. Baal era la principal divinidad de Tiro, ciudad de origen de la reina Jezabel, esposa de Ajab. Al final, después de muchas vicisitudes, Elías sale ganador y celebra su victoria matando a todos los profetas de Baal: «Hizo que los bajaran al torrente Quisón donde fueron degollados» (18,40). Lo sucedido en el Carmelo enfurece a Jezabel, que decide sin más eliminar al profeta. Éste escapa, huye por el desierto y se dirige al monte Horeb donde Dios se manifestó a Moisés.

Así pues, 1Re 19,4-8 nos presenta a un Elías en fuga, atenazado por el miedo, física y psicológicamente agotado. Vive un momento de crisis que le lleva a desear la muerte. El Señor, sin embargo, le renueva de algún modo la providencia del maná. El ángel, el pan, el agua y la palabra de Dios realizan el milagro y Elías descubre una nueva vocación en el Sinaí.

Segunda lectura: Efesios 4,30-5,2

Vivid en el amor, como Cristo.

Sigue la selección de consejos prácticos característicos de la sección exhortativa de la carta a los Efesios (4,1-6,20). Nuestro fragmento (4,30-5,2) forma parte de 4,25-5,5, donde el apóstol enumera las exigencias que la nueva vida según el Espíritu comporta para los cristianos. El texto empieza con una alusión a Is 63,10: «Pero ellos (Israel) se rebelaron contra

él y entristecieron su santo espíritu». El drama de la incredulidad y del pecado se desarrolla en un catálogo de cinco vicios que minan las relaciones con el prójimo (amargura, ira, enfados, insultos y toda maldad). A estos vicios se contraponen una serie de virtudes centradas en el amor (bondad, compasión, perdón) que caracterizan al «hombre nuevo» (cf. la segunda lectura del domingo pasado), cuyo ideal es imitar o ser transparencia de Dios y Cristo. Ésta es la nueva vida. El último versículo (5,2) presenta el sacrificio de la cruz como signo de amor y de salvación para la humanidad que cree.

Evangelio: Juan 6,41-51

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.

El leccionario nos ofrece otro fragmento del discurso sobre el pan de vida (Jn 6,1-71), cuya introducción escuchamos el domingo pasado (Jn 6,24-35). Recordemos que este discurso es una instrucción que el evangelista pone en boca de Jesús hablando en la sinagoga de Cafarnaún, el día después del milagro de la multiplicación de los panes. Hoy destaca sobre todo la actitud negativa de los que se resisten a creer.

Podemos dividir el texto en tres partes que reflejan muy bien el modo de argumentar del Maestro: vv. 41-42 (protesta en el auditorio), vv. 43-47 (digresión sobre la fe), vv. 48-51 (se retoma la idea central: Jesús, pan de vida).

Algunos judíos murmuraron a causa de las palabras «ha bajado del cielo», pues no podían entenderlas en toda su profundidad: ¿Cómo puede una persona de carne y hueso bajar del cielo? El evangelista utiliza este episodio para advertir a algunos cristianos de su comunidad que no aceptaban la divinidad de Jesús. Lo consideraban el primero y más admirable entre los hombres, pero nada más. Conocían su origen y su familia: era el hijo de José y María (cf. el rechazo de los nazaretanos en Mc 6,1-6).

En lugar de responderles directamente, Jesús hace una digresión sobre la fe para poner en evidencia su incredulidad. En lugar de corregir su incompreensión, les da una explicación teológica. La fe corresponde a una atracción interior de parte del Padre, interpretada a la luz de Is 54,13 como instrucción. Solo quien acoge esta enseñanza puede creer.

Al final, Jesús retoma las ideas centrales del discurso que podemos resumir del siguiente modo: el verdadero pan que nos da Dios Padre es Jesucristo; es un pan «bajado del cielo»; un pan que comunica la vida divina a la humanidad. Con la última frase empieza la explicación definitiva (v. 51). «Carne» es un hebraísmo que expresa la totalidad de la persona y que aquí debe ser entendido en sentido sacramental. En otras palabras, el pleno encuentro del creyente con Jesús-pan de vida es la comunión eucarística.

La Asunción de la Virgen María

15 de agosto

Primera lectura: Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10

Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal.

Nuestro fragmento, a excepción del versículo introductorio (11,19a), pertenece a Ap 12–15, una sección conocida como «el tríptico de las señales» (en griego, *semeia*), un complejo y oscuro entramado de símbolos difíciles de interpretar. La primera señal («una gran señal») es la mujer (12,1), la segunda («otra señal») es el dragón (12,3) y la tercera («otra señal grande y maravillosa») son los siete ángeles con las siete plagas (15,1). Las tres señales interactúan entre ellas en una de las secciones más típicas del libro, donde el autor presenta una síntesis simbólica de la historia marcada por el pecado de la humanidad y la intervención salvífica de Dios.

La mujer y el dragón son dos misteriosos personajes que se enfrentan en una acción dramática que cambia continuamente de escenario. Por un lado, la mujer representa la Iglesia en su dimensión trascendente y terrena que da a luz a Cristo; por otro, el dragón simboliza una fuerza antagonista, demoníaca y desacralizadora que, encarnándose en hechos y personajes históricos, persigue a la Iglesia. La lucha entre los dos es desesperada, persistente y cruel, pero al final la mujer sale victoriosa porque cuenta con el amparo y la protección de Dios. Con una imagen original y hermosa, el autor describe a la mujer «vestida de sol». En la Biblia el sol es considerado un elemento propio de Dios, casi una criatura privilegiada que lo expresa o manifiesta concretamente. Así pues, la imagen que emerge es la de una mujer envuelta por Dios en un vestido. Dios la ama tanto y se preocupa tanto de ella que la colma de sus dones más preciados.

La lectura mariológica de esta página del Apocalipsis ve en la mujer vestida de sol a la Virgen María, la madre de Jesucristo.

Segunda lectura: 1 Corintios 15,20-27a

Primero Cristo, como primicia; después los que son de Cristo.

Pablo dedica el capítulo 15 de la primera carta a los Corintios a la resurrección de los muertos, un tema central de su predicación que se contraponía abiertamente al pensamiento griego. Para los griegos la idea de una vida después de la muerte que involucrase también el cuerpo (y no solo el alma) era difícil de aceptar. También la rechazaban los saduceos (cf. Mt

22,23) y algunos cristianos de Corinto. El discurso se desarrolla en tres momentos: la primera predicación y la confesión de fe cristiana (vv. 1-11), la resurrección de Cristo y la resurrección de los cristianos (vv. 12-34) y el modo de la resurrección (vv. 35-58).

En nuestra lectura (vv. 20-27a), el apóstol expresa su visión cristocéntrica de la historia con un lenguaje bíblico y apocalíptico, y de forma gradual, partiendo por supuesto de la resurrección de Cristo (v. 24). En los vv. 20-22 la idea de Cristo «primicia» queda reforzada con la idea del «nuevo Adán», arquetipo de una nueva humanidad y fuente de vida para los creyentes (cf. Rom 5,12-21). En los vv. 25 y 27 Pablo recurre a dos salmos mesiánicos, 109,1 y 8,7 respectivamente, para fundamentar sus afirmaciones.

Evangelio: Lucas 1,39-56

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

En el evangelio de hoy, Lucas narra la visita de María a su prima Isabel seguida del canto del Magníficat (Lc 1,39-56). En el Magníficat María une su voz a la de otras mujeres del Antiguo Testamento como Débora (Jue 5), Miriam (Ex 15,20-21), y Ana, la madre de Samuel (1Sam 2,1-10), quienes también entonaron un cántico al Señor. A partir de un único centro (Dios), el horizonte del Magníficat se abre en tres sucesivas ondas concéntricas: Dios y María, Dios y los humildes, Dios e Israel.

Los vv. 46-50 contienen el corazón del cántico. Con un vocabulario tomado de pasajes del Antiguo Testamento, María expresa sus sentimientos más profundos. Como en la Anunciación, se declara «esclava del Señor». El motivo de su alabanza es la acción que el Señor ha realizado en su favor. Por eso, le manifiesta su alabanza con alegría, consciente de su felicidad.

En la segunda parte del cántico (vv. 51-53) María elogia la actuación universal de Dios que hunde a los soberbios y enaltece a los humildes, manifestando así su predilección por estos últimos. Por tratarse de una experiencia análoga, Lucas imita en sus líneas esenciales el cántico de Ana (1Sam 2,1-10): una mujer alaba a Dios por su maternidad, una maternidad cuyo fruto provoca un cambio total en las situaciones humanas. Se podría resumir de este modo: reprobación de los orgullosos (v. 51), trueque de situaciones en el orden de poder (v. 52) y en el orden de la pobreza (v. 53).

Por último, en los vv. 54-55, María concreta el ámbito teológico en que se realiza la misericordia salvífica del Señor: Israel. El contenido de esta sección se puede esquematizar en los siguientes puntos: Dios ha acogido a Israel; lo ha escogido por su misericordia en favor del linaje de Abrahán; por su fidelidad, tal como lo había prometido.

Domingo 21 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Josué 24,1-2a.15-17.18b

Serviremos al Señor porque él es nuestro Dios.

El libro de Josué, enteramente dedicado a la conquista de la tierra prometida y su distribución entre las tribus, se cierra con tres episodios a modo de apéndice: Jos 22 (el regreso de las tribus de Transjordania a sus tierras); Jos 23 (el discurso de despedida de Josué) y Jos 24 (la asamblea de Siquén).

La solemne estipulación de la alianza de Siquén representa la conclusión lógica de toda la obra. La ceremonia, narrada en forma de drama litúrgico, tiene como objetivo unir a toda la nación en un solo destino político y religioso sobre la base del monoteísmo y la alianza sinaítica. En Jos 24 se pueden distinguir tres secciones: a) el prólogo histórico de los vv. 1-13 que constituye un gran «credo», en el que se recuerdan los acontecimientos salvíficos que el Señor ha realizado a lo largo de la historia en favor de su pueblo (algunos ven en este credo el Pentateuco en miniatura); b) la respuesta del pueblo que manifiesta con determinación su voluntad de ser fiel al Señor y rechazar los otros dioses (vv. 14-24); y c) el pacto de alianza que se pone por escrito (vv. 25-28).

Nuestro texto (Jos 24,1-2a.15-17.18b) está compuesto de un fragmento del prólogo histórico al que se añade otro de la respuesta de la asamblea. Dicha respuesta está formulada a partir de un verbo típico: «servir» (repetido 14 veces). En el vocabulario bíblico «servir» significa adherirse libre y gozosamente al Dios verdadero, renunciando al culto/servicio idolátrico. Significa aceptar solamente su propuesta. Significa amarlo con todo el corazón, toda el alma y todas las fuerzas (cf. Dt 6,5).

Segunda lectura: Efesios 5,21-32

Es este un gran misterio y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

Termina la lectura de la carta a los Efesios con un pasaje clásico para la teología del matrimonio cristiano (Ef 5,21-32), que forma parte de un «código moral de la familia» en sus dimensiones esposo-esposa, padres-hijos, amos-servidores (Ef 5,21-6,9).

El código empieza con los deberes de la esposa (vv. 21-24) formulados en un tono que inevitablemente hiere la sensibilidad moderna. Sin embargo, a pesar del contexto cultural y sociológico claramente androcéntrico que

imperaba en el mundo grecorromano y semítico (por ej., el tema de la «sumisión» de la esposa al marido) y que ciertamente emerge en el texto, también se percibe, entre líneas, una cierta sensibilidad hacia el mundo femenino.

El compromiso del marido se apoya en el amor de Cristo por la Iglesia, su esposa. Se trata de un modelo totalizador: es Cristo que en su sacrificio se entrega de forma total y absoluta. Se retoma así el simbolismo nupcial utilizado por los profetas para describir el amor de Dios por su pueblo (Os 1-3; Jr 2,2; 3,1.6-11; Is 54,1-10).

Evangelio: Juan 6,60-69

¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna.

El largo discurso de Jesús sobre el pan de vida (6,22-71) termina provocando una crisis de fe entre sus seguidores que se presenta bajo dos perspectivas: la de un círculo amplio de discípulos y la del grupo de los doce apóstoles. Se impone discernir y tomar una opción decisiva. Es el momento culminante de un proceso que algunos llaman «la crisis de Galilea». Durante el discurso de Jesús ya había habido, en dos momentos, una «murmuración» o reacción negativa de aquellos que no tenían fe, es decir, de aquellos que no pertenecían a la comunidad (6,41-42 y 53). Ahora, en cambio, la crisis se plantea dentro mismo de la comunidad. Muchos de sus seguidores, que esperaban en Jesús otro tipo de mesianismo, consideran su palabra dura, difícil y radical, y al final deciden abandonarlo.

Veamos las dos escenas del relato: por un lado, los discípulos (6,60-66); por otro, el grupo de los doce (6,67-69). El leccionario omite los vv. 70-71 en que Jesús se refiere a Judas, el traidor. En cuanto a la primera escena, el versículo central es el v. 63: «El espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada». Esta frase podría ser la clave de interpretación de la decisión de los dos grupos, es decir, de la crisis. Respondiendo al motivo concreto de su escándalo (que la carne pueda comunicar la vida divina), Jesús les anticipa el misterio de su futura glorificación, es decir, de su crucifixión salvífica. Es el espíritu quien, por medio de la humanidad (carne) glorificada de Cristo comunica al creyente la vida divina. En este horizonte de fe hay que aceptar las palabras de Jesús.

Y eso es precisamente lo que hace Pedro. En cuanto portavoz de los doce, confiesa: «Tus palabras son de vida eterna». Fe personal, profunda y experimentada: «creemos y sabemos». En el cuarto evangelio «saber» significa experimentar, sentir, saborear, todo lo contrario de un saber teórico y desencarnado. Los que han conocido a Jesús con una fe sólida y enraizada en la vida se quedan con él: «Señor, ¿a quién vamos a acudir?»

Domingo 22 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Deuteronomio 4,1-2.6-8

No añadáis a las palabras que yo os hablo... guardad los mandamientos del Señor.

El Deuteronomio («segunda ley») no es tanto un código de leyes cuanto un conjunto de exhortaciones y llamadas a Israel para que permanezca fiel al Señor. También puede considerarse como el testimonio espiritual de Moisés.

Nuestro texto pertenece al primer discurso que el autor pone en boca de Moisés mientras se encuentra al otro lado del Jordán, en el desierto (Dt 1,1-4,43). Los versículos escogidos por el leccionario forman parte del final del discurso (4,1-40), una exhortación a la observancia de la Ley, concretamente del Decálogo, estrechamente ligada a la posesión de la tierra. Como un maestro que enseña órdenes y preceptos de parte del Señor, Moisés exhorta a los israelitas a la observancia de los mandamientos (Dt 4,1-2). Israel es presentada no solo como una nación como las demás (en hebreo, *goy*) sino como una «gran nación» (cf. también Ex 19,6: «una nación santa»), un pueblo que se distingue por su sabiduría (eso si observa las leyes del Señor), por su legislación y por la cercanía a su Dios.

Segunda lectura: Santiago 1,17-18.21b-22.27

Llevar la palabra a la práctica.

Empieza hoy la lectura de una serie de cinco fragmentos de la carta de Santiago. Escrita entre el 60 y 70 dC en Jerusalén, va destinada a los judeocristianos que viven en la diáspora, es decir, fuera de la tierra de Israel, diseminados por el mundo grecorromano. Más que una carta parece una homilía o catequesis de tono moralizante sin un hilo conductor preciso. Apoyándose en el Antiguo Testamento, sobre todo en las tradiciones proféticas y sapienciales, el autor defiende algunos valores tradicionales que, según él, estaban seriamente amenazados en las comunidades cristianas a las que se dirige. Sus enseñanzas tienen que ver con la práctica de la vida cristiana, la palabra de Dios, la oración, las tentaciones, la fe y la atención a los demás.

Nuestra lectura yuxtapone tres incisos aislados del capítulo primero. Resumimos sus ideas principales: a) creador de los astros luminosos y luz sin sombras, Dios es fuente de todo bien (v. 17); b) en esta creación visible nos llama a ser su obra maestra engendrados por su palabra

(v. 18); c) se nos invita a acoger con total disponibilidad y a poner en práctica esta palabra salvadora que llevamos «plantada» en nosotros mismos (vv. 21b-22); d) la auténtica religiosidad es el amor activo hacia los más necesitados (v. 27).

Evangelio: Marcos 7,1-8.14-15.21-23

Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres.

Se reanuda la lectura del evangelio de Marcos, una vez terminada la serie de textos sobre el Pan de Vida que hemos leído durante cinco domingos. Mc 7,1-23 nos sitúa en el centro de la polémica de Jesús con la tradición judía. Es sin lugar a dudas una página muy compleja y por eso el leccionario la simplifica, omitiendo casi una tercera parte. Se trata de una «controversia» (una discusión larga y reiterada) entre Jesús y las autoridades legales de Jerusalén (escribas y fariseos), encargadas de velar por la ortodoxia práctica del pueblo. Vienen a Jesús para acusar a sus discípulos porque no cumplen los rituales de separación social y alimenticia de la tradición judía (7,1-2).

Marcos escribe para lectores no judíos y por eso intercala un paréntesis aclaratorio sobre el rito de purificarse las manos antes de comer y otras tradiciones (7,3-4). La pregunta-acusación que los antagonistas dirigen al Maestro entrelaza dos normas fundantes de su identidad nacional: comer el pan con manos impuras (lit.: «no purificadas») y la tradición de los ancianos (7,5). Utilizando una cita de Isaías (29,23), Jesús denuncia su hipocresía. Su religión es la religión de los labios, de la palabra externa que se vuelve mentira y no permite que llegue al corazón (7,6-7) y luego desautoriza su acusación principal, la de no seguir la tradición de los ancianos con una afirmación contundente: «Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres» (7,8). Les acusa, pues, de anteponerse a la Palabra de Dios e incluso de ahogarla con su exagerada meticulosidad.

En 7,14-15 Jesús les aclara que su equivocación radical consiste en situar la pureza o impureza en lo que es exterior al hombre: cosas, gestos, ritos, prácticas, palabras... en lugar de situarla en el corazón, en la interioridad de la persona, pues allí tienen origen todos nuestros actos. Uno puede lavarse siempre las manos y tener corrompido el corazón.

En 7,21-23 cambia el escenario. Jesús se encuentra en casa con sus discípulos. Al ver que tampoco ellos le entienden, les instruye privadamente con ejemplos más concretos (este cambio no se percibe en el leccionario debido a los recortes en el texto). Les hace una lista de «suciedades» morales para que reflexionen sobre la verdadera fuente de pureza o impureza: el corazón humano.

Domingo 23 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 35,4-7a

Los oídos del sordo se abrirán, la lengua del mudo cantará.

La primera parte del libro (Is 1–39), obra del profeta Isaías que vivió en el siglo VIII aC, termina con un apéndice histórico (Is 36–39). Dicho apéndice va precedido del así llamado «pequeño apocalipsis» o «apocalipsis menor» (Is 34–35) paralelo al «apocalipsis mayor» de los capítulos 24–27. Los dos capítulos que forman el «pequeño apocalipsis» están estrechamente relacionados con el segundo o Deutero-Isaías (Is 40–55). Se caracterizan por el contraste que se establece entre la destrucción de las naciones, especialmente de Edom, y la gloria final del pueblo elegido.

El primer cuadro de este apocalipsis (Is 34) presenta un escenario de castigo, juicio, cólera y destrucción. El segundo (Is 35), en cambio, nos transporta hacia un mundo lleno de paz y alegría. A este capítulo pertenece precisamente la lectura de hoy (35,4-7a). Es un breve fragmento de un himno de restauración donde emerge con fuerza el tema del desierto. La marcha por el desierto de los exiliados que han salido de Babilonia y se dirigen a la patria se transforma en una procesión. Hace recordar la entrada triunfal del primer éxodo de Egipto o los peregrinajes anuales al templo de Jerusalén (Sal 122). El desierto de la existencia humana es recreado por la presencia de la felicidad y la vida. El cuerpo mutilado, cansado o herido («el ciego, sordo, cojo, mudo») y la esperanza débil («los cobardes de corazón») que estaba a punto de desvanecerse son atravesados por una fuerza contagiosa de transformación. El desierto se convierte en una vía sacra en la que el pueblo de Dios peregrina hacia la esperanza y la libertad: «Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa; el páramo será un estanque, lo reseco un manantial» (vv. 6b-7a).

Segunda lectura: Santiago 2,1-5

¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos herederos del reino?

Nacida en un ambiente judeo-cristiano helenístico, la carta de Santiago pone sobre el tapete dos temas candentes en sus círculos: la atención a los pobres, a menudo olvidada por los nobles de las varias comunidades, y la estrecha relación entre culto y vida, entre fe y compromiso existencial. De hecho, los dos temas abordados en nuestro fragmento (2,1-5) siguen estando presentes en los versículos sucesivos (2,6-13), tanto es así que por lo general 2,1-13 es considerado como una unidad. Los títulos que

se le atribuyen son significativos: «la fe y sus exigencias concretas», «la fe frente a la discriminación», «la ley real del amor», «el respeto debido a los pobres», entre otros.

Podríamos resumir el mensaje de la lectura en el modo siguiente: el autor recuerda a los cristianos que su vida concreta de relación social tiene que regirse por criterios de fe y no por la lógica del mundo que favorece a los ricos y potentes. Fe y favoritismos personales no van de acuerdo. La misericordia, ante todo.

Evangelio: Marcos 7,31-37

Hizo oír a los sordos y hablar a los mudos.

Entre la curación de la hija de la mujer cananea (7,24-30) y la segunda multiplicación de los panes (8,1-10), Marcos nos cuenta la curación de un hombre sordo y balbuciente. Más adelante, con el mismo estilo narrará la curación del ciego de Betsaida (8,22-26). Dos relatos que, curiosamente, no se encuentran ni en Mateo ni en Lucas.

Sorprende el encuadre geográfico del relato: Jesús sale de Tiro, pasa por Sidón y atravesando el mar de Galilea llega a la zona central de la Decápolis. Es decir, Jesús pasa de una región pagana a otra también pagana. La Decápolis (del griego, *deka*, «diez» y *polis*, «ciudad») era una confederación de «diez ciudades» helenísticas. Así pues, en esta ocasión vemos a un Jesús misionero que rompe fronteras, que no se encierra en su propio territorio.

Se pueden distinguir tres momentos en el relato: la curación del enfermo, la consigna del silencio y el comentario de los testigos. La curación del sordomudo se realiza mediante un gesto que tiene la función de signo (meter los dedos en los oídos y tocar la lengua con la saliva), una palabra eficaz y una mirada al cielo con «suspiro/gemido». La palabra eficaz es *effetá*, un imperativo que en arameo, la lengua materna de Jesús, significa «¡Ábrete!». Dicho término pasó muy pronto a la antigua liturgia bautismal. La palabra de Cristo es eficaz y determinante; con ella se abren las fronteras del dolor para dar paso a la vida.

Una vez realizado el milagro, Jesús da la orden de no difundir la noticia. Esta orden evoca el famoso «secreto mesiánico», característico de Marcos. Su función es hacer que el creyente vaya captando, de forma progresiva, el misterio que se esconde en Jesús.

Este no es un milagro solo para el sordomudo, sino también, y muy especialmente, para aquellos que le llevan. Son los representantes de la Decápolis. Jesús les pide que no digan nada, pero ellos pregonan cada vez con más fuerza sus obras: «Todo lo ha hecho bien».

Domingo 24 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 50,5-9a

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban.

La primera lectura presenta un fragmento del «tercer canto del siervo del Señor» (Is 50,4-11), obra de un profeta anónimo activo durante el período postexílico (siglo VI aC), al que se conoce convencionalmente con el nombre de Deutero-Isaías. Recordemos los cuatro cantos por orden de aparición en el texto bíblico: primer canto (Is 42,1-9), segundo canto (Is 49,1-7), tercer canto (50,4-11) y cuarto canto (Is 52,13-53,12). En todos aparece la misteriosa figura del siervo del Señor sobre cuya identidad se sigue discutiendo.

Como Jeremías, el «siervo» es descrito como un hombre perseguido a causa de la palabra que debe escuchar y anunciar. Es un mensaje que él dirige a los «abatidos» (50,4), es decir, al pueblo de Dios desanimado y con poca esperanza en el futuro. Ahora bien, esta voz (un eco de palabra de Dios) no es acogida; es más, es contestada con violencia. El siervo es golpeado en la espalda como un necio (Job 16,7-11; Pr 10,13; 19,29). Él, el sabio por excelencia en cuanto portavoz de la palabra de Dios, es tratado como un bufón. El desprecio es cada vez más agresivo: le echan salivazos y le mesan la barba. A pesar de todos los ultrajes, el siervo se mantiene firme, consciente de que ese sufrimiento es consecuencia de su ministerio. Se siente seguro porque cuenta con la ayuda, el apoyo y la protección del Señor («mi abogado»).

Como Cristo, el siervo se manifiesta como el hombre del «Evangelio» y de la pasión. El sufrimiento adquiere en él una nueva dimensión (cf. por contraste el libro de los Proverbios): ya no es signo de rechazo sino de elección.

Segunda lectura: Santiago 2,14-18

La fe, si no tiene obras, está muerta por dentro.

Leemos hoy la segunda parte del cap. 2 de la carta de Santiago (2,14-18), considerada por los autores como el corazón de este escrito judeo-cristiano. De hecho, 2,14-26 se concentra en la idea que está presente casi en toda la composición, es decir, la relación entre la fe y las obras (1,3-6.25; 3,13).

La fe sin las obras es ciertamente impensable, inexistente. El autor explica, mediante un ejemplo muy concreto, el sentido de esta afirmación genérica, repitiéndola seguidamente de manera todavía más explícita (vv.

14-17). Así como la fe es inseparable de las obras, las obras son inseparables de la fe (v. 18).

Nuestro fragmento sigue interpelando a cuantos intentan reducir la fe cristiana a una teoría o un sentimiento. La fe no nace de las obras, pero florece espontáneamente en ellas. Y las obras son sobre todo el amor y la justicia.

Evangelio: Marcos 8,27-35

Tú eres Cristo... el Hijo del hombre tiene que padecer mucho.

Leemos hoy la página central del evangelio de Marcos que sirve de epílogo a la misión en Galilea y de preludio al camino de la cruz. Es una especie de enlace entre las dos partes en que se divide el evangelio. Mc 8,27-35 plantea un interrogante decisivo: ¿quién es Jesús? A diferencia del relato paralelo en Mateo (cf. 16,16), aquí Jesús es reconocido solo como el Mesías. Todavía no hemos llegado a la iluminación definitiva de la fe, es decir, aquella que aflorará en los labios del centurión romano a los pies de la cruz: «Verdaderamente éste es el Hijo de Dios» (Mc 15,39). Queda aún un buen trecho por recorrer.

El punto de partida de nuestro texto es la situación o geografía (v. 27a). Probablemente Jesús quiere alejarse del peligro de Herodes el Menor, que había comenzado a perseguirle (cf. 8,15). Por eso, se pone en camino y es precisamente en el camino, en terreno neutral, donde pregunta por su identidad a los discípulos.

Tres secciones bien coordinadas entre sí forman el relato del evangelio: la pregunta sobre la identidad de Jesús (vv. 27b-30), el anuncio de su pasión (vv. 31-33) y el código de sus seguidores (vv. 34-35), que de hecho continúa hasta 9,1 (texto omitido por el leccionario).

Incomprendido por su pueblo, Jesús establece un pequeño diálogo con sus discípulos mediante dos preguntas: «¿Quién dice la gente que soy yo?» y «vosotros, ¿quién decís que soy yo?». La gente se limita a clasificarlo como uno más, aunque excepcional entre los profetas. Solo Pedro, haciéndose portavoz de todos los discípulos, da una respuesta correcta, aunque imprecisa, porque la palabra «Mesías o Cristo» tenía en el Israel de entonces una carga explosiva. Por eso, el Maestro les impuso callar.

Y por primera vez Jesús explica a los discípulos la razón de esa orden, conocida como el «secreto mesiánico». Jesús se presenta como Hijo del hombre, en gesto abierto de entrega de la vida. Al oír su declaración, Pedro increpa a solas a Jesús, también en nombre de los discípulos, exigiéndole que cambie: que actúe como Cristo de la gloria y no como el siervo sufriente que muere por los demás.

Su enseñanza no admite edulcorantes: el camino doloroso del Mesías es también el camino del discípulo. Para seguir a Cristo la condición indispensable es llevar la cruz.

Domingo 25 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Sabiduría 2,12.17-20

Lo condenaremos a muerte ignominiosa.

El libro deuterocanónico de la Sabiduría, llamado «Sabiduría de Salomón» en la versión griega de los Setenta (LXX o Septuaginta), es una auténtica joya de la literatura bíblica en lengua griega. Aunque el libro se atribuye a Salomón, sabemos que se trata de un fenómeno literario muy frecuente en la literatura helenística llamado pseudonimia. La atribución salomónica confiere al libro prestigio y autoridad.

Escrito en Alejandría de Egipto antes del 30 aC por un judío profundamente religioso y abierto al diálogo con el helenismo, este libro quiere reforzar la fe y la tradición de los padres en la comunidad judía de la diáspora alejandrina. Se compone de tres partes: Sb 1–6 (sobre la vida humana y el juicio escatológico), Sb 7–9 (el elogio de la Sabiduría) y Sb 10–19 (una relectura del éxodo).

Nuestro texto es un fragmento sacado de Sb 1,16–2,24, un pasaje en el que de forma inesperada entran en escena los impíos. El autor los introduce de forma dramática en el relato con la intención de causar un fuerte impacto en el auditorio. Se dan a conocer ellos mismos mediante un largo discurso que pone al descubierto su mentalidad y proyecto de vida. La persecución del justo que están planeando remite a la que sufre el siervo del Señor en los cuatro cantos del Deutero-Isaías. En realidad, el autor se refiere a los judíos justos que tenían que soportar la persecución y las humillaciones de los judíos apóstatas y de los paganos hostiles en la comunidad alejandrina.

Segunda lectura: Santiago 3,16–4,3

Los que procuran la paz están sembrando la paz; y su fruto es la justicia.

Seguimos con la lectura de la carta de Santiago. Después de hablar sobre el control de la lengua (3,1-12), el autor dedica una sección a la auténtica sabiduría (3,13-18) seguida de otra sobre la humildad frente a la ambición (4,1-12). Nuestro fragmento está formado por seis versículos pertenecientes a las dos últimas secciones, exactamente tres versículos de cada una.

En 3,16–4,3 es de destacar la contraposición entre dos modelos de sabiduría, es decir, dos proyectos de vida y de juicio de la realidad; casi se podría hablar de dos filosofías. La primera es aquella que, en línea con la tradición sapiencial del Antiguo Testamento, es considerada como don de Dios («viene de arriba», 3,17) y va acompañada de un cortejo de virtu-

des morales muy elevadas. Esta sabiduría genera frutos de paz, piedad, dulzura, amor y justicia. Este catálogo de virtudes contrasta con el cortejo negativo que acompaña la otra sabiduría, aquella terrena y malsana. Esta genera guerras y conflictos, deseos de placer y violencia, y sobre todo una tensión continua en el corazón del ser humano que lo hace vivir insatisfecho y aislado (4,1-3).

Evangelio: Marcos 9,30-37

El Hijo del Hombre va a ser entregado... Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos.

A partir del viaje hacia Cesarea de Filipo (evangelio del domingo pasado) Jesús formula el contenido central del credo cristiano en «tres lecciones» conocidas como los «tres anuncios de su pasión, muerte y resurrección». Esto significa que era el tema habitual de sus conversaciones con los discípulos durante este último periodo de su paso por la tierra. El evangelio de hoy presenta la segunda lección (Mc 9,30-37). Jesús evitaba encontrarse con el pueblo (v. 30), porque quería concentrarse en la formación de los suyos, sus más íntimos colaboradores, aquellos que pronto iban a ser sus enviados.

En nuestra página evangélica distinguimos dos partes: el segundo anuncio profético de la pasión (vv. 30-32) y una instrucción sobre el servicio (vv. 33-37). Si el primer anuncio (8,31) había subrayado el rechazo de Jesús por parte de los ancianos, sacerdotes y escribas, ahora se acentúa el tema de la entrega. El verbo «entregar» (en su forma pasiva, «ser entregado») es una palabra clave en el relato de la pasión: Judas lo entrega al Sanedrín; el Sanedrín lo entrega a Pilato; Pilato lo entrega a los verdugos. Dejarse entregar es el secreto y la fuerza del Hijo del Hombre (título que indica la condición de Mesías de Jesús, cf. Dn 7,13). Sin violencia y sin venganza, fiel a la voluntad del Padre, él se pone en manos de aquellos que le van a traicionar.

La actitud de Jesús contrasta fuertemente con la de los discípulos. Él se encamina hacia la humillación total; ellos, en cambio, discuten sobre primacías. Una vez en la casa de Cafarnaúm Jesús corrige y adoctrina a los discípulos sobre el sentido de su seguimiento. De los varios consejos que les da, la lectura de hoy solo recoge los dos primeros. Quien sueñe con ser el primero debe hacerse el último, convertirse en servidor (*diakonos*) de todos. Y signo de esta primacía es el niño, el más pequeño de todos los seres humanos. Jesús ama a los niños, realidad y símbolo de los hermanos débiles, y por eso manda acogerlos como a él mismo.

Domingo 26 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Números 11,25-29

¿Estás celoso de mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta!

Después del episodio de las quejas en el desierto (Nm 11,1-15), sigue la historia de la elección de los setenta ancianos como equipo de gobierno de Moisés (Nm 11,16-30). Este consejo de ancianos tenía como misión compartir con Moisés la responsabilidad de gobierno del pueblo. Al final de este episodio el autor del libro de los Números nos cuenta el incidente de Eldad y Meldad (vv. 25-30), recogido en nuestra lectura a excepción del v. 30 que el leccionario omite. El objetivo de esta anécdota es doble: introducir en la historia a Josué, que va a ser el sucesor de Moisés, y dar una lección magistral sobre el espíritu de profecía.

Eldad y Meldad son dos nombres que no aparecen en otro lugar de la Biblia. Derivan de una raíz hebrea que significa «amar». Eldad significa «Dios ama» y Meldad «amado (por Dios)». Josué muestra una actitud recelosa ante la profecía de estos dos ancianos, pues está convencido de que esa es exclusiva de Moisés. Celoso del líder del grupo, pero tanto o más de sí mismo, increpa a Moisés para que les prohíba profetizar. La reacción del líder es sublime: defiende el equilibrio entre autoridad y consejo, entre el liderazgo indiscutible de uno y la co-participación activa no solo de sus consejeros sino del pueblo entero. En otras palabras, Moisés niega el sectarismo y exalta la multiplicidad de carismas.

Segunda lectura: Santiago 5,1-6

Vuestra riqueza está corrompida.

La carta de Santiago, cuya lectura se termina este domingo, concluye con dos series de exhortaciones (4,13-5,6 y 5,7-20). La primera se centra en algunos aspectos negativos de la comunidad que ya han sido tratados anteriormente en la carta. El autor denuncia los proyectos de los grandes comerciantes (4,13-17) y la opresión que los ricos ejercen sobre los pobres, privando a los trabajadores de su salario (5,1-6). La dimensión social del mensaje de Santiago es evidente y el modo de transmitirlo nos recuerda la vehemencia retórica y el tono condenatorio de los antiguos profetas, por ejemplo de Amós, y también de Jesús (cf. Lc 6,24-26).

La denuncia es explícita y directa, sin titubeos o giros diplomáticos. Sin edulcorantes o explicaciones para mitigar el impacto en los oyentes, su fuerza se mantiene intacta a lo largo de los siglos. Es una palabra profética que resuena todavía hoy en nuestros corazones y asambleas.

Sobre las flagrantes injusticias cometidas por los ricos, el autor invoca y anuncia el juicio de Dios, un juicio inexorable y revelador. De hecho todo el fragmento respira una atmósfera escatológica. Con Dios no valen excusas, justificaciones o coartadas, pues nada se le escapa.

Evangelio: Marcos 9,38-43.45.47-48

El que no está contra vosotros, está a vuestro favor. Si tu mano te hace caer, córtatela.

El evangelio de hoy es continuación inmediata del que leímos el pasado domingo. Así pues, la situación es la misma: reunido con los doce discípulos en la casa de Cafarnaún, Jesús les sigue dando consejos sobre la actitud que deberán adoptar en la misión. Los tres consejos que recoge nuestra lectura tratan sobre lo siguiente: el espíritu comprensivo, la fidelidad a la misión y el escándalo. Recordemos que Jesús instruye y corrige a sus discípulos, manteniendo a un niño pequeño ante sus ojos (9,36). De este modo, toda su enseñanza queda iluminada por este signo de actitud evangélica.

El leccionario presenta Mc 9,38-50 con algunos recortes: omite los vv. 44 y 46 («donde el gusano que roe no muere y el fuego no se extingue»), atestiguados en algunos manuscritos antiguos, por ser idénticos al v. 48 que es una cita de Is 66,24; y omite también los vv. 49-50 sobre la sal.

Espíritu comprensivo. Juan el Zebedeo reconoce que aquel exorcista actúa y tiene éxito en nombre de Jesús, pero le recrimina el «no ser de los nuestros». Le cuesta entender que otros, más allá del grupo más cercano a Jesús, tuvieran derecho a hacer el bien en su nombre. El Maestro, en cambio, invita a mirar como amigo, en la acción apostólica, a todo el que no sea declaradamente adversario (vv. 38-40).

Fidelidad a la misión. Incluso al recibir una ayuda insignificante («un vaso de agua»), el discípulo sabrá reconocer que se lo dan porque «es de Cristo» y a través de este gesto esas personas ya participan en la misma misión (v. 41).

Escándalo. La palabra «escandalizar» significa poner un tropiezo a alguien para que caiga en el camino. En los evangelios sinópticos adquiere un sentido moral, es decir, ser culpable de que otros pierdan la fe. «Los pequeños que creen en mí» no son solo los niños sino los sencillos, los débiles en formación y cultura, los miembros humildes de la comunidad. Juicio terrible para los que los corrompen (v. 42). A propósito del que recibe el escándalo, el juicio no es menos duro. Con impresionantes hipérbolos, Jesús enseña que antes de perder la fe, hay que soportar cualquier sacrificio (vv. 43-48).